



REVISTA  
UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA

ISSN: 0120-2367

*Fundador:*  
Alfonso Mora Naranjo  
*Rector:*  
Alberto Uribe Correa  
*Vicerrector general:*  
John Jairo Arboleda  
*Secretario general:*  
Luquegi Gil Neira

*Director:*  
Elkin Restrepo  
*Asistente de dirección:*  
Janeth Posada Franco  
*Diseñadora:*  
Luisa Santa  
*Auxiliar administrativa:*  
Ana Fernanda Durango Burgos  
*Corrector:*  
Diego García Sierra  
*Comité editorial:*  
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,  
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,  
César Ospina, Margarita Gaviria,  
Luz María Restrepo, Alonso  
Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,  
Carlos Vásquez.

*Impresión:* Imprenta Universidad  
de Antioquia, Medellín, Colombia  
*Correspondencia y suscripciones:*  
Departamento de Publicaciones,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 28, oficina 233,  
Ciudad Universitaria  
Calle 67 N.º 53-108  
Apartado 1226, Medellín, Colombia  
*Tel.:* (574) 219 50 10, 219 50 14  
*Fax:* (574) 219 50 12  
revistaudea@udea.edu.co

*Página web:*  
[www.udea.edu.co/revistaudea](http://www.udea.edu.co/revistaudea)  
*Versión digital*  
[www.latam-studies.com](http://www.latam-studies.com)  
<http://oceanodigital.oceano.com/>  
*Publicación indexada en:* MLA,  
Ulrich's, CLASE  
*Canje:* Sistema de Bibliotecas,  
Universidad de Antioquia  
Bloque 8, Ciudad Universitaria  
E-mail: [canjebc@caribe.udea.edu.co](mailto:canjebc@caribe.udea.edu.co)  
Licencia del Ministerio de Gobierno  
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

# minísculas



## A orillas de la muerte

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Sahel quiere decir borde, orilla, costa. Es una palabra hermana de Sahara, que nos dejaron los árabes para describir el límite sur del Gran Desierto africano. El Sahel es el lugar donde se encuentran el paisaje dominado por la arena y la piedra con el de la selva ecuatorial del continente negro. No es un encuentro temerario sino cauteloso: el desierto hace presencia con sus arenales y su brillo, y el bosque con unos pocos árboles de acacia y matorrales espinosos, capaces de prosperar con apenas unos impredecibles chubascos anuales. El Sahel es una franja alargada en sentido este-oeste, que va desde Senegal en el Atlántico hasta las praderas sudanesas cerca del Índico. Es una zona semiárida que recorre más de cinco mil kilómetros, en los que crecen los baobabs y los tamariscos, y donde intentan sobrevivir más de 30 millones de personas con sus escasos recursos naturales.

El Sahel ha sido por tradición el territorio donde los árabes deben bajar a tocar las costas de lo desconocido. Allí recalca el

tuareg nómada para abreviar la camellería y el ganado. Sin embargo, lo hace con la cautela de aquel que sabe que está lejos de su lugar natural, el desierto, donde un clan apenas se ve con otro. El Sahel, por el contrario, es un sitio de encuentro, y por ello la mirada enmarcada por el turbante busca con recelo el iris oscuro del africano negro, que a su vez vigila de cerca la llegada de ese invitado temporal. Si bien cada etnia parece tener espacio suficiente para vivir, a la hora de usar un pozo de agua o una exigua ciénaga, a veces más pantanosa que líquida, las tensiones aparecen. Cada grupo trae consigo una versión de las fronteras marcada por las caminatas centenarias unos, y por la posesión del territorio ancestral los otros. Como resultado de ese encuentro estacional se crearon códigos que establecían penas para los incidentes que pudieran ocurrir en las épocas de sequía: la muerte de un hombre se pagaba con cien camellos, y la de una mujer con cincuenta. Así funcionó hasta la llegada del *kalashnikov*, que coincidió con las grandes hambrunas de los años sesenta y setenta. Desde entonces, las guerras han dominado esa zona de reunión de geografías y culturas.

Las líneas trazadas en los mapas no tienen en el Sahel mayor significado, no solo porque no hay mojones ni rasgos geográficos inequívocos, sino porque los gobiernos de los países en cuestión son demasiado débiles y pobres como para hacer valer las fronteras. En realidad, ningún país africano fue trazado teniendo en cuenta el territorio del Sahel. Y como

consecuencia, esa zona de transición pasa por el medio de países como Malí, Níger, Chad y Sudán, o por una parte de otros como Nigeria o la República Centroafricana. De ahí la afirmación de que África no quedó mal dividida, sino mal agrupada.

En ciertos Estados que albergan un norte musulmán y un sur negro cristiano o animista, la lucha por la hegemonía permanece al rojo vivo. Por lo general, el grupo mayoritario intenta aniquilar al otro, como ocurrió en Sudán con los árabes y la minoría negra del sur, hasta que se logró partir el país en dos y nació Sudán del Sur en el 2012. A partir de ese momento los negros nativos quedaron contentos, aunque no así los árabes, que ya estaban establecidos en el lugar y pasaron a ser la minoría odiada y desplazada. Así mismo está ocurriendo en la República Centroafricana, en cuya capital los cristianos mayoritarios, amparados en un gobierno permisivo, asolan los barrios árabes buscando no solo la dominación sino además su exterminio. En la vecina Nigeria, el grupo extremista *Boko Haram*, asentado en el norte islámico de etnia *hausa* y enemigo de todo lo que tenga que ver con Occidente, en especial las libertades que este entrega a las mujeres, pretende matar de a poco, con bombas en terminales de buses, a los millones del sur que profesan el credo cristiano. En este caso, ambos grupos son negros, solo que unos profesan las enseñanzas de Mahoma y los otros las de Jesucristo.

Si se pone un punto blanco en cada lugar donde ocurren estos conflictos, el resultado no es

otro que la zona del Sahel. Esos puntos blancos representarían las carpas de los campos de refugiados esparcidos en esta geografía amarillenta manchada de sangre, donde los modos de operar van mutando según las décadas. En el caso de Sudán, el ejército árabe iba en busca de los cristianos jóvenes para liquidarlos, lo cual creó un éxodo de niños y muchachos que recorrieron miles de kilómetros en los años noventa buscando refugio. En la actualidad, los actores son señores de la guerra que actúan de manera más soterrada, agazapados en las afueras de los campos de refugiados para atacar a las mujeres que por tradición salen a buscar la leña para cocinar. Se tiene registro no solo de mujeres violadas, sino lanzadas a pozos y degolladas. Para remediar esta iniquidad, una organización civil ha tenido la iniciativa de implementar cocinas que funcionan con energía solar. Estos fogones consisten en apenas un cartón forrado en papel de aluminio dispuesto en forma de cono, en cuyo centro se pone la olla con el alimento. Su eficiencia no está en las cuatro horas que puede demorarse un arroz, sino en que al final las cocineras están vivas para comérselo.

El Sahel parece estar lejos de encontrar la paz. Los conflictos están vivos y creciendo. En la República Centroafricana se habla de la posibilidad de un nuevo genocidio comparable al ruandés de hace veinte años. El *Boko Haram* secuestra niñas por centenas sin que el ejército nigeriano pueda hacer mayor cosa. Los rebeldes tuareg declaran zonas independientes en el norte

de Malí y retan al Estado a que se las quite. En los territorios donde se intentan trazar nuevas fronteras para que unas etnias y naciones vivan separadas y en paz, el trueque de mayorías dominadoras en minorías dominadas perpetúa el conflicto. En este río revuelto intentan pescar nuevos evangelizadores como Al Qaeda, atrayendo tras de sí a toda una división del ejército norteamericano. Mientras tanto, los campos de refugiados aumentan y se van convirtiendo en pequeñas ciudades de donde ni siquiera se puede salir a conseguir un poco de leña para cocinar. Los esfuerzos de países y organizaciones son muchos, pero lo más probable es que el Sahel todavía tenga mucha guerra por delante. **U**

agromena@gmail.com



## Gracias al miedo

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Cuando alguien tiene miedos que no puede controlar, es usual que la terapia se plantee a partir del intento de resolver traumas que vienen de la infancia, y que esto ayude muchas veces a ese paciente. ¿Pero qué pasa con esos miedos que son tan comunes que se aceptan como otra forma de la normalidad? Es decir, esos miedos extendidos entre gran parte de la humanidad, como por ejemplo el miedo a la oscuridad, a los reptiles o a los insectos, para mencionar solo algunos. ¿No debería hacerse lo mismo y ver si en la infancia anterior a la especie podemos hallar una causa, una razón? Quizá así no solo podríamos combatir más de un miedo irracional, sino, paradójicamente, encontrar motivos de agradecimiento ante el hecho de que ese miedo exista.

Y es que si nos remontamos al inicio, mucho antes de que hubiera hombres o mujeres, forzoso es reconocer que nuestros antepasados convivían con

lo que hoy llamaríamos monstruos. Hace 250 millones de años, los primeros animales con forma de mamífero eran poco mayores que ratones, como el *Morganicodon*, mientras que algunos de sus predadores tenían estatura de árboles. Y mientras más características de los actuales mamíferos asumían nuestros ancestros, más se adaptaban sus cuerpos a la única defensa posible contra los grandes reptiles carnívoros: la misma que tienen los ratones en la actualidad. Esto es, no dejarse ver. Buscar la comida y escapar, siempre escapar. Vivir en el pánico a ser devorados. Es probable, entonces, que fuera en ese momento cuando dormir por largos periodos se volvió un arma de supervivencia.

Habría que decir que, ya antes de los mamíferos, muchas especies de peces y reptiles entraban en un estado de reposo similar a estar dormido. Y aún lo hacen. Pero su capacidad de reacción física en ese estado (al ser tocados, por ejemplo) puede ser incluso mayor que la que tienen cuando están en estado de vigilia. Los mamíferos, por nuestra parte, entramos en un sueño profundo y en lo que se conoce como fase REM: el momento en que soñamos mientras dormimos, cuando nuestro cerebro está en un estado de actividad tal que a veces puede sobrepasar el que tiene durante la vigilia, aunque precisamente por eso, porque estamos “en otro lado”, seamos incapaces de reaccionar rápida y efectivamente si pasa algo mientras dormimos. Las aves, por su parte, duermen y sueñan como los mamíferos, pero algunos experimentos

en laboratorio han demostrado que ser privadas del sueño no las afecta tanto. Para nosotros, en cambio, dormir es vital, sin importar que necesitemos 3 horas diarias como los elefantes, 8 como los humanos, 12 como los ratones y los gatos, 14 como los leones, o 15 como las ardillas. También los delfines duermen 8 horas diarias, aunque, para evitar ahogarse dado que para ellos la respiración es un acto voluntario, solo una mitad del cerebro duerme cada vez: mientras un hemisferio descansa, el otro permanece activo, y cada veinte minutos se alternan.

Para hacer una analogía del cerebro con un motor, el cerebro de un mamífero privado de sueño es como un motor lleno de impurezas que comienza a ser cada vez menos eficiente, por lo que tiende a sobrecalentarse forzándose cada vez más para realizar las mismas funciones que antes hacía sin dificultad, hasta que al final se vuelve similar a un motor recalentado, a punto de quemarse. De allí que, si no encontramos reposo, no solo es posible que se desarrollen en nosotros múltiples trastornos mentales, en un rango amplio que va desde los estados depresivos hasta la psicosis, sino que el cuerpo mismo, saturado de hormonas para poder continuar a pesar del estrés y el cansancio, empiece a fallar, lo que puede degenerar en múltiples enfermedades, desde trastornos digestivos graves hasta cardiopatías.

Ahora, si bien es claro que un cerebro más evolucionado necesita mayor reposo, lo más probable es que no fue para mejorar el cerebro que nuestros

ancestros empezaron a dormir profundamente, sino que sucediera al contrario: es decir, el cerebro pudo ser cada vez más eficiente gracias a que dormían. La prueba es que no todos los mamíferos son igualmente inteligentes, pero todos duermen larga y profundamente. La evolución funciona así, encontrando oportunidades mayores en cambios que en su inicio parecieron mínimos. Por eso es tan llamativo recordar que nuestros diminutos ancestros empezaron a “evolucionar en el descanso”, a dormir y a soñar, porque tenían miedo. Terror a los gigantes que los devoraban, por lo que era conveniente pasar las horas durante las cuales esos predadores tenían sentidos mejores que ellos, que solían ser las nocturnas, muy quietos y en silencio: durmiendo. Y mientras ellos dormían algo cambió, la evolución encontró ventajas en un cerebro que descansaba, alternativas de desarrollo que permitían forzarlo más durante la vigilia, y eso llevó a una lenta metamorfosis que siguió una nueva dirección durante decenas de millones de años. ¿Seríamos “inteligentes” si no hubiéramos llegado a dormir como lo hacemos? No lo sabemos, pues la evolución no solo suele seguir caminos tortuosos, sino también múltiples. Pero sí sabemos que lo que tenemos hoy es absolutamente dependiente del sueño, hasta el punto de que la privación de este puede llevar a un fallo catastrófico de esa “maquinaria orgánica” con que creamos, construimos y amamos.

La prueba de que los gigantes existieron es que todavía hoy

nos visitan en las noches esos terrores de la infancia de la especie, esos mismos monstruos que hoy impiden dormir tranquilamente a los niños. Aún hoy, en nuestros genes, esa memoria yace enterrada, esperando solo una excusa para salir a flote. Y quizá no resulte casual que sean los niños quienes mejor recuerden el miedo primordial, pues son ellos quienes conocen mejor esa sensación de indefensión que antes llenaba toda la cotidianidad de nuestros ancestros. Pero también una parte de nosotros, los adultos, recuerda y teme, por lo que incluso nuestras fantasías de terror en libros y películas suelen poblarse con las formas de nuestras pesadillas primigenias, tal como los cuentos de hadas son habitados por alegorías de lo que alguna vez fue carne muy real. Y tal como fantasía y recuerdo se conectan, es en la historia del miedo donde cerebro y sueño se vuelven interdependientes. No sobra entonces agradecerle al miedo que nos llevó al sueño, por la contribución que hizo a que nos habitara el pensamiento. ■

agarlon@hotmail.com





## Los comentaristas

LUIS FERNANDO MEJÍA

*Hablan mucho de la belleza de la certidumbre como si ignorasen la belleza sutil de la duda.*

Oscar Wilde

Con sus programas periodísticos, los medios masivos de comunicación (los radiales, especialmente) ofrecen a diario noticias y comentarios de toda índole, desde temas filosóficos, científicos y políticos hasta asuntos de farándula. Dar la noticia, en términos relativamente objetivos, es una tarea muy diferente a comentarla, es decir, analizarla y contextualizarla. Y es aquí donde aparecen personas de diferentes profesiones opinando toda la semana sobre una variedad ilimitada de temas. ¿Cómo harán?

La verdad es que uno empieza a hacer fuerza por estos individuos de la especie humana, no solo por lo que expresan, sino por el cansancio que deben sentir, pues es angustioso cargar con el compromiso permanente de ser agudo, razonable e ilustrado sobre infinidad de tópicos que la realidad ofrece. Y, para complementar, debatir, muchas veces, con otro sujeto que

también pretende ser agudo, razonable e ilustrado. ¡Qué fatiga!

Nadie sabe de todo. Algunos pueden estar bien informados, pero difícilmente conocen la esencia y complejidad de las cosas. Teorizar sobre el origen de la vida, recordar el protocolo para los encuentros del Papa con la reina Isabel, determinar el actor que más gente ha matado en el cine, diferenciar el comportamiento ético del legal, precisar si las hormigas duermen, conceptuar sobre el aborto, la legalización de las drogas y el matrimonio de las parejas homosexuales, y finalizar con el estudio de los antecedentes amorosos de la novia de un futbolista famoso, son operaciones mentales extenuantes que rozan con lo inhumano. Se reitera, para cumplir con estas tareas hay que estar disponible las 24 horas del día.

Cuanto más se hable más posibilidades de error hay. Pero no es lo mismo un desacuerdo en un círculo familiar o de amigos, proclives a disimular o perdonar, que equivocarse, por ejemplo, en un programa radial escuchado por miles o millones de personas que presumen que el comentarista se expresa con autoridad y conocimiento. En este último escenario los destinatarios de los comentarios sienten una inmensa satisfacción cuando descubren un gazapo, aunque hayan aceptado como ciertos o aceptables múltiples disparates. Se incorporan o refuerzan los más variados prejuicios a la conciencia personal a cambio de sentir el ocasional placer de registrar un evidente desatino.

¿Cómo serán las noches de los comentaristas profesionales?

Un universo de pesadillas: una carrera agitada, nerviosa y eterna por abarcar los fenómenos viejos y actuales con sus historias correspondientes; un miedo rayando con el pánico, por no encontrar respuesta a cualquier pregunta. Y, muchas veces, ya despiertos, para evitar estos temores se inventan hechos y explicaciones con absoluta naturalidad. Y esto cabe dentro de la sagrada libertad de expresión aunque conlleve la autorización de engañar al otro.

No obstante, los comentaristas merecen comprensión. Normalmente atienden fenómenos actuales en ebullición, no decantados, aún calientes, que no son cogidos con pinzas sino con la mano desnuda. No están autorizados para pedir tiempo con el propósito de pensar y repensar. Rápidamente exponen un criterio sobre determinado hecho y, aunque después se demuestre la pobreza de los argumentos, difícilmente se aceptan rectificaciones. El amor propio no lo permite. Y lo que sigue es un calvario de incoherencias. Un maravilloso caso de lo que es un galimatías.

Pero todos necesitamos ideas que alimenten nuestra mente. Personas que nos adviertan sobre conceptos o hechos que desconocemos, y es aquí donde surge la demanda de comentaristas. Pero, ¿qué exigirles a estos disertadores? Pues que no se pronuncien sino de vez en cuando y si previamente han escrito el comentario. Este ejercicio obligaría a corregir o mejorar los pensamientos sin haberlos compartido todavía con nadie. Escribir ayuda a precisar, puntualizar y a encontrar

incoherencias que el mero discurso improvisado no logra captar. Aunque tampoco se garantice plenamente un comentario acertado, sí se eliminarían muchas ideas defectuosas o inútiles.

¡Que mueran los comentaristas! No. Lo que se pide es que no vivan tanto, en un perpetuo opinar, convencidos de que la humanidad necesita siempre de su voz para sobrevivir. Aunque es justo reconocerlo: existe una adicción recíproca. Los comentaristas no se resisten y sus destinatarios no aguantan el deseo de conocer las opiniones de los presuntos expertos. Así las cosas, todos debemos moderarnos: tanto los demandantes como los oferentes.

Unos y otros aprovecharemos la medida para leer libros y documentos reposados, escritos con futuro, donde cada palabra es una pieza significativa en una construcción intelectual diseñada con esmero y responsabilidad. Al principio, llegar a estos textos es una aventura, pero, con el tiempo y la práctica, se adquirirá el olfato del baquiano que sabe escoger los caminos y los atajos más expeditos para evitar que se lo trague la selva.

Este cambio de rutina debe cumplirse sin afanes, sin exceso de velocidad, a sabiendas de que el mundo sabe esperar, no se va a acabar mañana o ayer. Los frutos no tardarán en darse: los comentaristas tenderán a la prudencia, y el público, en general, descubrirá el valor del escepticismo. Se recuperará el concepto de Oscar Wilde: “creer es muy monótono, la duda es apasionante”. ■

lfmejia@udea.edu.co



## Barajar de nuevo

LUIS FERNANDO AFANADOR

Alguna vez un jugador de cartas le pidió un consejo a un veterano crupier del casino de Montecarlo, con la secreta esperanza de obtener una fórmula para ganar. Su respuesta fue la siguiente: “Si va perdiendo, retírese. Si va ganado, también retírese”. Una sabia y profunda verdad que en términos prácticos no sirve para nada. El jugador de esta anécdota siguió jugando (y perdiendo) y nunca se retiró. Los jugadores que a diario van a los casinos del mundo —cada vez más numerosos— en el fondo lo saben, pero eso no impide que sean atraídos al juego como abejas al panal. Porque la pasión por el juego es algo irracional y va más allá de ganar o perder.

En la novela *Apuesta al amanecer* de Arthur Schnitzler, el alferez Wilhelm Kasda recibe la visita de un amigo, un exteniente separado hace un tiempo del servicio militar por problemas con el juego. Después de su retiro, parece que la vida no ha tratado muy bien al exteniente: el traje descuidado y problemas familiares y económicos. Esto último es la razón de su visita intempestiva. Ha estado sustrayendo dinero de la empresa en la

cual se desempeña como cajero y al día siguiente le van a hacer una inspección de contabilidad. Necesita con urgencia mil florines para cubrir el desfaldo. No tiene a quién más acudir; el alferez Kasda es su única salvación. Pero él no tiene esa suma, su capital a duras penas llega a ciento veinte florines. No hay solución, a menos que... Ante la situación desesperada, y luego de repasar todas las opciones a su alcance, al alferez se le ocurre que si apuesta esa pequeña suma a las cartas y gana, podría ayudarle a su amigo. ¿Qué se pierde? En el café Stad Wien, de Baden, que frecuenta, hay un grupo que se reúne a jugar cartas. Ha jugado tres o cuatro veces, por diversión. “Bueno, ¿sabes una cosa, Otto?, hoy arriesgaré cien de esos veinte por ti. Sé que las probabilidades no son abrumadoras, pero recientemente Tugut se sentó con ciento cincuenta y se levantó con tres mil”.

Antes de ir al café, visita a la familia Kessner con la vaga idea de flirtear con la hija, y que tal vez lo inviten a cenar. Preferiría quedarse, aunque al final gana la lealtad hacia el amigo. Se dirige a la mesa de juego. Con relativa tranquilidad —en realidad no es su problema— pierde, gana, vuelve a perder, gana de nuevo. Cuando tiene mil ciento cincuenta y cinco florines y todavía con un “dominio de sí mismo”, se levanta de la mesa. Su amigo se ha salvado y él se dirige a la estación para tomar el tren de regreso a Viena, que ha partido hace unos cuantos minutos. Pero el azar lo quiere de vuelta en la mesa de juego: “Los jugadores seguían allí, como si desde

la marcha de Will no hubiera pasado ni un minuto, sentados de la misma forma que antes”. El alférez Kasda, sobra decir, perderá lo que ha ganado y mucho más. Porque ha descubierto un vértigo que nunca antes había sentido: la fascinación de ganar o perder la vida en un instante, la deliciosa incertidumbre de saberse juguete de un destino arbitrario. “Retírese siempre”. Es fácil decirlo. Es casi imposible cumplirlo.

“El placer está en el látigo”, había aclarado mucho antes Dostoievski en su novela *El jugador* que, dijo alguien, no debería llamarse *El jugador* sino *El idiota*. Todo jugador sabe que tiene las de perder pero no puede hacer nada, salvo entregarse a las leyes implacables del azar. Aleksei Ivanovich, el protagonista de *El jugador*, se ve a sí mismo como una marioneta del destino y es una persona inestable y débil, aunque bondadosa. “No sabía formular mis preguntas”, dice. Como es en el juego, es en el amor. Dostoievski, el gran psicólogo, nos muestra que Aleksei Ivanovich vive su amor por Polina Aleksandrovna de igual manera: en forma pasiva, sin voluntad propia, abandonado a sus caprichos. Durante un paseo por Schlangenberg (una montaña) él le dice que con solo una palabra que ella pronuncie, caminaría con gusto hasta el borde del abismo y caería en picado hasta encontrar la muerte. Aleksei Ivanovich acepta sin rebelarse el desprecio y el maltrato. Por eso, en vez del juego de cartas, lo atrae la ruleta, en la cual la posibilidad del rojo o el negro, del todo o nada, resulta

más intensa y, por supuesto, más inclinada hacia la nada.

Sin embargo, la figura del masoquista, el débil de carácter, es apenas uno de los aspectos que hacen del juego —de ahí tan fascinante— la representación de la sociedad capitalista. Alguien crea las reglas con las cuales vas a perder. La mayoría de las probabilidades están del lado de la casa, y si estas fallan, alguien del casino te regará encima una cerveza —“disculpe”—, te distraerá o participará en el juego para confundirte y, en el peor de los casos, si la suerte definitivamente está contigo, te dará una golpiza para que no vuelvas nunca más. Pasa en las películas y, también, en la vida real. Es muy breve el tiempo en el que los jugadores tienen la suerte de su lado y tal vez por eso la llaman con una bella palabra: *aroma*. En las mesas de juego siempre hay un *aroma* fugaz de triunfo. Que se irá para no volver porque, como el alférez de la novela de Schnitzler, el jugador no sabe irse a tiempo. Y si lo hace, volverá. Ese mismo día o el día siguiente. Tanta injusticia genera la solidaridad de los perdedores: una ficha que te presta un desconocido para doblarte, un emocionado choque de manos cuando la casa pierde. Victorias pírricas, gestos simbólicos en un mundo en el que abundan los símbolos. En los casinos no hay relojes para que no transcurra el tiempo y no se rompa la ilusión de un espacio irreal. En los casinos los hombres prefieren la ruleta, un placer inmediato, y las mujeres las máquinas, el placer dosificado. No hay espejos para que te sientas James Bond y no

un miserable gordito que está perdiendo la plata del arriendo. Hay luces, tapetes rojos, ambiente de fiesta y derroche. Un teatro de los sueños. Algo muy distinto a los casinos que conoció Dostoievski: “todo me parecía muy sucio, algo así como moralmente sucio e indecente”.

El jugador —así vaya perdiendo— acumula fichas en su mesa. Por un instante, al menos, siente la abundancia y tiene la certeza de lo ilusorio del dinero, que va y viene, que aparece y desaparece en forma mágica. Que es todo y no es nada. Schnitzler y Dostoievski nos enseñaron mucho sobre el juego, pero les quedó faltando. Hay que barajar de nuevo e invitar a la mesa a los novelistas contemporáneos. ■

lfafanador@etb.net.co



## Los colores de una misma historia en cómic y en cine

ÁLVARO VÉLEZ

El Festival de cine de Cannes, en su edición de 2013, premió con la Palma de Oro a la mejor película a *La vida de Adele* (*La vie*

d'*Adèle*, del director Abdellatif Kechiche), un drama romántico protagonizado por dos jóvenes mujeres. La particularidad de esta película es que se trata de una adaptación de una historietita de la francesa Julie Maroh.

*El azul es un color cálido* (Editorial Dibbuks, Madrid, 2011) es el título de la historietita de Maroh, un relato trágico que cuenta la historia de una relación amorosa entre dos mujeres. En *Le bleu est une couleur chaude* —su título original en francés— somos testigos de los recuerdos de Emma acerca de sus momentos al lado de Clementine, su novia y amante. Emma revive los momentos difíciles de Clementine a través de la lectura de sus diarios, los mismos que ha dejado como testimonio de su gran y único amor. Se trata entonces de una historia con una profunda carga de romanticismo trágico, de mucha tristeza y pasión, que tiene como eje central la intolerancia de una sociedad que, aún en muchos sectores, no entiende ni respeta el amor homosexual, en este caso, específicamente, las relaciones lésbicas.

Lo interesante también es que una vez leída la historietita y vista su adaptación en la pantalla gigante, se notan ciertos cambios que hacen que novela gráfica y película funcionen por caminos disímiles, como debe ser, pues se trata de dos soportes y dos lenguajes diferentes. En *La vida de Adele*, la película, el talante de la historia es menos trágico que en la historietita, ya que en la relación entre Emma y Adele (Clementine en la historietita) no existe un final fatal; además, porque la historia se centra más en

los conflictos de pareja que en la intolerancia hacia la homosexualidad, que es lo que más enfatiza Julie Maroh en su novela gráfica. Incluso dentro de la misma estética hay diferencias notables, pues en la historietita el color azul, que es el que le da nombre a la obra, y los tonos fríos están siempre presentes en la paleta de Maroh, lo que acentúa esa carga trágica y fatal que tiene la historia, mientras que en la película se mantiene una fotografía de tonos que invitan más bien a la intimidad amorosa, romántica y pasional de la pareja.

Aún más, la narración es diferente, aunque conserva el fondo mismo de la historia. En la novela gráfica se trata de un constante *flashback*, en donde Emma recuerda y lee, ayudada por los diarios de Clementine, todo lo que sucedió en esa relación tormentosa y pasional, las dudas y problemas familiares y sociales que a Clementine le causaron su romance con Emma. En la película estamos situados en un tiempo presente, en donde asistiremos a las fases básicas de un romance: las mariposas en el estómago durante el enamoramiento; la lenta pero inevitable llegada de los costumbres, cuando el amor ya alcanza cierta madurez; las dudas y la desconfianza en los momentos previos a la ruptura y el inevitable fin de la relación.

La forma en que se construyen la historietita y la película tiene también diferencias especiales que, a pesar de todo, nos hablan de una misma historia: la relación amorosa entre Emma y Clementine (Adele). La historietita de Julie Maroh está

dibujada con un trazo delicado; pareciera que su autora dejara rozar suavemente el pincel sobre el papel como queriendo decir “lo que voy a contar es triste, no quiero interrumpir mucho en esta historia profunda y amorosa”. Sus dibujos están hechos con delicadeza física, pero también con cierta contundencia emocional, en una aguada en escala de grises que solo es rota por los cabellos de color azul de Emma. En la película, el director franco-tunecino Abdellatif Kechiche refuerza el carácter erótico y más adulto que no posee la historietita. En *La vida de Adele* las secuencias de los encuentros sexuales de Emma y Adele están rebosantes de piel, de cuerpos que se rozan, se abrazan, se besan con una hermosa naturalidad (tanta que algunos, injustamente, han querido tachar la película de pornográfica), y parecen decir: “sí, obviamente, en el amor lésbico existe el sexo. Miren cómo hacen el amor dos mujeres, tan natural y bello como lo pueden hacer un hombre y una mujer”.

Novela gráfica y película merecen ser leída y vista. Ambas obras tienen mucho que contar con sus formatos, sus lenguajes propios. En tiempos como estos, en donde las adaptaciones de obras de historietitas del *mainstream* de superhéroes son tan comunes y, en la mayoría de las veces, tan mediocres (tanto los cómics como sus adaptaciones), vale la pena darse un paseo por *El azul es un color cálido* y *La vida de Adele* para disfrutarlas y, por qué no, para compararlas. ■

truchafrita@gmail.com





## Ejercicio espiritual

PALOMA PÉREZ SASTRE

*Los libros van siendo  
el único lugar de la casa  
donde todavía se puede  
estar tranquilo.*  
Julio Cortázar

**A**cabábamos de terminar una selección de poemas, y en la revisión nos dimos cuenta de que al de W.H. Auden le faltaba el dato del traductor. Era tal el caos y las capas superpuestas de libros y papeles en mi cuarto de estudio, que para encontrar la fuente se habría necesitado un arqueólogo. Entonces decidimos suprimir el poema, pero nos quedó un sentimiento de pesar —en mi caso, con un poco de vergüenza—, que me mortificó hasta el miércoles santo. Al mediodía, antes de lo previsto, terminé un trabajo, y en el aire quieto y sosegado por la música sacra, vi la oportunidad de afrontar el tedioso y tantas veces pospuesto oficio de ordenar.

En ese magma, y eximida del sufrimiento de depurar —ya vivido tres años atrás, a la llegada de las cajas a su albergue

nuevo—, lo temido adquirió imprevistas formas aladas. Intentar una clasificación parecía lo más difícil, pero pronto, al frotar del trapo, esos pacientes objetos en vía de extinción empezaron a contar mi propia historia y a ofrecerme distintas y benévolas formas de reconfigurarla. Solos, se fueron agrupando despacio: los de los amigos a mi espalda y a la derecha, debajo de la poesía; a lo mejor, con la idea de que ella los impregne a ellos, y ellos me impulsen a mí. Atrás, a la izquierda, *Los wannabes*: Duras, McCullers y Capote alimentan con ironía la ilusión de que me basta con estirar la mano...

Las únicas reliquias: los que llegaron de España con mi mamá, la *Antología de cuentos* de Menéndez Pidal, las obras completas de O. Wilde, los *Cuentos* de O' Henry y el *Romancero gitano*, al puro frente, con los diccionarios, la mitología y las literaturas colombiana y antioqueña. Bajo la ventana, donde duermen y se asoman a la calle los gatos, en la repisa de madera reciclada, los autores norteamericanos, asiáticos y europeos. En la vitrina adusta, resto del trasteo de algún familiar, quedó encerrada la colección *Historia de la literatura*, cien tomos adquiridos uno a uno en puestos de revistas en época de estudiante. Igualitos, con pasta verde y letras doradas, pero en desorden, para contrastar.

¿Y las escritoras? Para ellas, un cuarto propio con buena vista, mesa, cama y cojines grandes. A su antojo, conversarán jóvenes, maduras y viejas de todos los tiempos y colores; teóricas y pragmáticas; revolucionarias y

conservadoras; atrevidas y timoratas; célebres y anónimas; viajeras y sedentarias. Qué bueno sería saber descifrar esa lengua muda y secreta.

El jueves santo por la tarde, andaba entre arrumes de libros, y aún liada con un montón de objetos descarriados: fotos, piedras, suvenires... esa miscelánea de vestigios de vida que acentúa el carácter personal y puerilmente romántico de las bibliotecas domésticas. Así recibí la muerte de García Márquez. Supongo que a todos nos pilló la noticia en circunstancias diferentes, y que cada uno inventó su ritual de despedida. Gabo eligió un buen día para partir; en temporada laboral, no habría habido lugar para un reencuentro tan íntimo con la obra que, en ese momento, representaba para mí el conjunto de la literatura. En el altar de muertos que construí con papel picado, calaveritas y mariposas amarillas, deposité mi ofrenda: el cúmulo de los éxtasis que le debo a la lectura en perfecta y gloriosa soledad. Horas en las que, como dice el poema de W.H. Auden —traducido por J.E. Pacheco—, “todo parece lejos del desastre”.

El rompecabezas, de pronto, estuvo armado. El lugar parece ahora en calma, alguien lo notará. Tal vez no dure, otros vientos llegarán a desordenar estas rosas. Por un rato me reconoceré en la nueva composición. ■

palomaperez@une.net.co  
Profesora de la  
Universidad de Antioquia